

El jardín de Alá

Rafael Rodríguez Castañeda

Periodista de larga trayectoria, integrante del grupo fundador y director del semanario Proceso desde 1999, Rafael Rodríguez Castañeda incursiona en el campo de la ficción con un relato cuyo argumento central siembra, por lo menos, una inquietud: ¿está inspirado en un hecho que ocurrió realmente?, ¿es algo que puede ocurrir?, ¿o es algo que va a ocurrir?

I

—¿Doble?

—Sí, doble, ¿por qué no?

El mesero se retiró y él clavó de nuevo las pupilas en la mujer apiñonada, de bikini negro, que yacía en un camastro, junto a la piscina. Sus miradas se encontraron. Ella echó hacia atrás su largo cabello castaño y volteó hacia el lado opuesto.

Ya antes habían coincidido, lo mismo en el *lobby* que deambulando por los corredores del hotel. Ella recordaba el reclamo erótico que la estremeció al advertir la mirada del hombre intentando atrapar la suya y envolviendo su cuerpo de arriba abajo. Cuando minutos antes él se tendió cerca de ella, la sacudió un choque eléctrico. Y ya lo esperaba cuando, whisky en mano, él se levantó, caminó unos pasos y se sentó en el camastro vecino. Alzó la cabeza y vio el tórax fornido, color de miel quemada, el abundante vello del pecho. A contrasol alcanzó a distinguir el cabello negro, los ojos destellantes.

—Would you like a drink?

—Mejor en español...

—En el idioma que quieras...

—Vaya, eres políglota... —Checó su reloj de pulsera, alzó el torso, irguió los senos y, recargada en los codos, movió la cabeza afirmando.

—Un vodka tonic...

Levantó la cabecera del camastro y se acomodó sentada.

—¿Qué lees? —preguntó él.

—No estaba leyendo.

—Perdón, pero observé que hojeabas esos papeles —y señaló hacia la mesita junto al camastro.

—Ah, eso. Son las conclusiones de la reunión. Preparo el informe final —respondió, y enseguida se arrepintió de ser tan explícita.

—Entonces formas parte del grupo misterioso... ¿Qué reunión tan discreta! ¿Qué se traen?

—¿Te interesa?

—Inercias del oficio. Soy reportero... La empresa del hotel me pagó una semana de estancia como parte de su campaña de promoción.

—Ajá. Y debo creerte, ¿no?

—...

—Eres periodista y por coincidencia te invitan al hotel donde se realiza una reunión importante —volvió a sentir que hablaba de más— ... Y por casualidad te acercas a la encargada de elaborar el informe final... ¡Por favor!

Lo vio fijamente. Él respondió con una mirada que la recorrió con desparpajo de los pies a la cabeza. La atravesó el agujón del deseo y se cubrió con la toalla de la alberca.

Llegó el mesero con el vodka, tintineando los hielos, sudado el vaso de plástico duro. Sin el velo de una nube, el sol caribeño golpeaba oblicuamente en las lasetas y rompía en prismas sobre el azul de la piscina.

—Oye —dijo ella—. ¿Por qué no vamos a una palapa? Ya me harté de sol.

—Como quieras...

Al levantarse, ella aprovechó para envolverse en un pareo verde pasto. Rozando apenas los antebrazos caminaron hasta la palapa más cercana. Aun a la sombra, el calor apretaba. Él pidió otro whisky en las rocas.

—Resulta difícil... —empezó él.

—¿Qué? ¿Ligarse a una extraña? —lo interrumpió.

—No, por Dios, no...

—Seducir, en busca de una exclusiva...

—No, por Dios, no...

—¡Cuánto Dios!

—Era sólo una exclamación... pero ¿eres creyente?

—¿Qué? —replicó ella.

—Que si eres creyente...

—¿Quieres decir que si creo en Dios?

—Sí. ¿Crees en Dios?

—Uff...

—Por supuesto que crees en Dios. Lo veo en tus ojos...

—¡Traigo a Dios en los ojos!

—No, así no...

—¡Qué raro! ¿Por qué no me hiciste una pregunta más elemental: si soy soltera, si tengo hijos, de dónde soy o dónde vivo... o algo así?

—Cálmate... Te pregunté si eres creyente porque estábamos hablando de Dios.

—¿De Dios?

—Pues creo que sí, ¿no?

—Tengo algo digno de mi diario: conocí a un ligador en el nombre de Dios...

—Es más simple: desde que te vi no he dejado de mirarte: tu cuerpo espléndido, tus ojos, tu cabellera... sentí un incontrolable deseo de conocerte.

—Y en tus vacaciones sería yo tu ligue número...

—No, no soy de esos... Bien podría levantarme, decirte gracias y adiós... Sólo me quedaría una duda: qué hay atrás de esas hermosas pupilas...

—Por mí, te puedes ir. Me dejarías una duda radicalmente distinta: ¿por qué lo de Dios?

Él bebió un trago largo al tiempo que hundía sus ojos en los de la mujer, grandes como lunas color tabaco, que iluminaban un rostro de rasgos finos, con una sonrisa permanente, irresistible.

¿Cómo puede ser tan hermosa y andar suelta por ahí? —pensó, pero no lo dijo. Casi silabeando, intentó recuperar el hilo de la conversación.

—La que nombró a Dios fuiste tú...

—¿Yo? ¿Quién evocó a Dios sin venir al caso? ¿Quién dijo eso de ver a Dios en mis ojos?

—Lo que dije fue que en tus ojos veía que sí, que sí eres creyente...

—Si fue piropo, tradúcemelo... ¿Sirve si te confieso que fui creyente?

—¿Fuiste? ¿Y qué pasó?

—Veo que decidiste no huir...

—¿Prefieres que me vaya?

—Es asunto tuyo...

—No pensé que iba a ser tan complicado acercarme a ti.

—¿Complicado? No me digas... No hay nadie más desenvuelto que los periodistas. Hasta podrían ser simpáticos si no fueran cínicos. O no eres periodista... ¿Qué carajos quieres? —y lanzó abruptamente la expresión mexicana.

—Lo que quiero está ocurriendo: asomarme a tus ojos... ¡Salud! —respondió y extendió el brazo con el vaso en alto.

Ella se puso de pie y dijo, rotunda:

—Voy a mi cuarto. Una siesta y un baño no me caerán mal. Y después, a trabajar un rato...

—¿Cenamos juntos?

—Podría ser... ¿Te parece si te llamo? ¿Qué habitación tienes?

—La 404. ¿De veras me llamas?

—Si no te llamo, es que no quise.

—Pues sí, ¿verdad?

—... Así que —agregó ella, entre risas—, si crees en Dios, ruégale que te llame...

Envueltas las caderas en el pareo, ella se alejó a paso lento. Él no quiso observarla: de un golpe terminó su trago, corrió y se lanzó a la piscina. Nadó un par de minutos con la mente en blanco, regresó a su camastro y, somnoliento, dejó transcurrir las horas. Ya había oscurecido cuando subió a su habitación. Apenas abría, sonó el teléfono...

II

Ella se dio un baño y se puso a trabajar en su *laptop*. Tenía en sus manos un asunto explosivo: la Organización Internacional de Energía Atómica había convocado prácticamente en secreto a una reunión de expertos que concluyó, después de una semana de sesiones —en el complejo turístico de Punta Cana, en el extremo oriental de República Dominicana—, que el gobierno de Irán no sólo contaba con tecnología suficiente para construir armas atómicas sino que, de hecho, tendría disponible, a mediano plazo, un prototipo de cohete con cabezas nucleares. Las pruebas examinadas eran más que contundentes: documentos, testimonios, fotografías...

Como secretaria técnica de la OIEA, ella debía redactar el informe final y, en fecha próxima, difundirlo a los

medios internacionales. A solicitud del representante de Washington, el organismo internacional emitiría una condena a Teherán y le exigiría la suspensión de su programa atómico, so pena de una intervención militar multinacional.

El trabajo la reclamaba, pero no resistió la tentación de volver a verlo. Llamó al servicio a cuartos, ordenó un club sándwich y una Coca Cola de dieta, colgó y, enseguida, marcó la extensión 404...

—¿Sí? —dijo él.

—Hola. Estoy atrasada. Ya pedí un bocado para continuar trabajando aquí. Te cambio la cena por un trago más tarde, en el bar. ¿Cómo ves?

—Ni hablar. ¿A qué hora?

—Diez, diez y media... ¿está bien?

—Okay, nos vemos en el bar.

Después de un reposado baño de tina con agua tibia, él se cubrió con la bata de toalla, prendió un cigarrillo sin filtro y tomó una miniatura de whisky del frigobar. Del forro de la maleta extrajo una carpeta y la colocó sobre la mesa-escritorio; sacó un par de hojas manuscritas con algunos párrafos y un conjunto de fórmulas químicas, abrió una bolsa de botanas, se asomó al balcón y dio un vistazo a la piscina iluminada y, más allá, por encima de las palmeras, hacia las sombras del mar Caribe.

A las nueve y media guardó las hojas en la carpeta, la metió en la pequeña caja fuerte del cuarto y empezó a vestirse. Se decidió por un traje de lino blanco y una camisa de algodón de manga corta rosa pálido, recién planchada por el servicio del hotel...

El bar estaba menos vacío de lo que habría deseado. Escogió una mesa rinconera, bajo una frondosa palma interior. Pidió un whisky doble y se distrajo con la música. El *disc jockey* alternaba melodías románticas con tropicales, algún *reggae*, de pronto un *rock* contrapunteado con una melodía romántica... De las mesas brotaban gritos festivos, carcajadas. En un extremo un grupo se desatendía del estrépito, enfrascados sus integrantes en una conversación que acompañaban con gesticulaciones enfáticas.

Sólo la vio cuando ya estaba a un lado de la mesa. Se puso de pie más para admirarla que por cortesía: un asiluetado vestido negro acentuaba piernas y caderas y dejaba desnudos brazos y hombros. El pronunciado círculo del escote daba lugar al contraste de un collar de perlas sobre la piel morena. El cabello suelto caía en ondas, diagonalmente, sobre el óvalo del rostro.

Prescindió de los piropos obvios.

—¿Listo el informe?

—Sí... —respondió levemente perturbada, al tiempo que llamaba a un mesero—. ¿Qué estás tomando?

—Ya sabes, whisky.

—¿Y por qué tenía que saber? —reaccionó ella, ya recuperada—. Bueno, si tú repites, yo también. Un vodka tonic —ordenó—. ¿Qué hiciste? ¿Le avisaste a tu jefe que estás a punto de obtener algo trascendente?

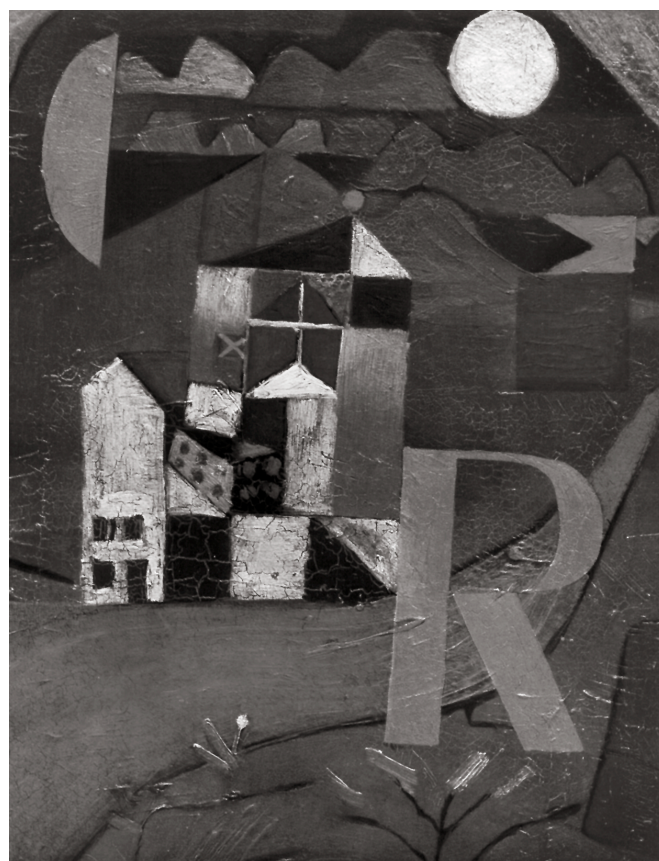
—Ah, ¿es trascendente? Pues no, descansé y traté de poner en orden mis ideas.

—Dios de por medio, supongo.

—No bromeas...



Paul Klee, *Cúpulas rojas y blancas*, 1914



Paul Klee, *Villa R*, 1919



Paul Klee, *Ínsula dulcamara*, 1938

—No bromeo. Pensaste en Dios, seguro...

—Pues te equivocas. Fue respecto a mí...

—Déjame adivinar... Ya sé: cómo conseguir que te entregue el informe y quedar bien conmigo. Quizás hasta llevarme a la cama, ¿no?

—Claro que no. Quise explicarme por qué decidí acercarme a ti, por qué sentí esa atracción irresistible...

—Fácil... Lo irresistible no soy yo sino el documento.

—Estás en un error. Ejerces una enorme fuerza de gravedad que me tiene aquí... El informe es asunto tuyo.

—A Dios unes ahora la ley de la gravedad. Hay que echar cerebro para entenderte...

—Es de una lógica elemental. Dios es el origen del universo y la ley de la gravedad explica su expansión...

—Oye, ¿qué necesidad tengo, digo yo, de estar en este bar, tan lejos de mi casa, hablando con un desconocido sobre física cósmico-teológica?

—En menos palabras: obedecí a una ley implacable, y aquí estoy. Pero cuéntame de ti...

—¿Qué quieres saber? Vivo en Viena, trabajo en una organización internacional y asistí aquí a una reunión de expertos que encabezó su presidente. Míralos, son aquellos que están allá, tan serios todos. Y en este preciso momento estoy con un hombre que me atrae... y del cual ignoro qué carajos quiere conmigo.

—Cuéntame más...

—¿Por dónde empiezo? ¿Por mi acta de nacimiento o por mis medidas?

—Te evades...

—Va otro intento. Nací en México, en la Ciudad de México. Estudié relaciones internacionales y simultáneamente hice cursos de intérprete de idiomas. Trabajé un par de años en la cancillería y ahí aproveché una oportunidad para ingresar a la ONU. Ya en Nueva York, hubo una opción en la organización de energía atómi-

ca que, entre otras ventajas, tiene la de permitirme vivir en Europa...

—¿Qué hay de tu vida personal, del amor...

—El amor es cosa mía —cortó de tajo—. Por si te interesa, vivo sola aunque, con frecuencia, la paso acompañada. Y ya basta. ¿Y tú?

—Soy periodista... Trabajo en el *Miami Herald*. Estoy por cumplir los cuarenta y no me he casado... pero me encantan las mujeres.

—No naciste en Miami...

—No, nací en Jabaliya, al norte de Gaza. Hace años mis padres emigraron a Estados Unidos. Sus hijos nos quedamos allá; yo me trasladé a Miami hace apenas un año...

—Eres periodista de rebote...

—No, por supuesto que no. Estudié periodismo en la Universidad Libre de Palestina y me gradué.

—¿Y por qué emigraste?

—Me aburrí. En el Medio Oriente hay dos tipos de noticias: la guerra contra los judíos o la guerra contra los árabes, según de qué lado se vea. Quise ser corresponsal en Europa, pero los medios palestinos no tienen recursos. Finalmente, mis padres me ayudaron a instalarme en Florida.

—...Hoy estás de vacaciones...

—Sí, ya te lo dije...

—...Pero la expectativa de una noticia pone alerta a cualquier periodista, ¿no?

Sonriente, ella dio un trago a su vodka. No podía negar que la atraía hasta la excitación. En el transcurso de la reunión tuvo dos o tres galanteos, los habituales en este tipo de eventos, pero nada que trascendiera ni que irrumpiera en las noches de estricto descanso. ¿Por qué, en el último momento, aceptó la invitación de un extraño? Le preocupaba estar perdiendo el control. De-seaba que él tomara su mano, que ella había colocado

sobre la mesa, a su alcance natural. ¿Qué quería? ¿Acostarse con ella? Era obvio. ¿Pero sólo eso? ¿Por qué las alusiones a Dios?

III

La melodía en turno se abrió paso en su conciencia. Ella la identificó de inmediato. Era una clásica americana: “La sombra de tu sonrisa”, en una interpretación que también reconoció: del saxofonista Scott Hamilton. La recordaba fielmente porque la había escuchado hasta el cansancio, en un bar de la isla de Saint Martin, en el corazón de las Pequeñas Antillas, en compañía de un amor que se perdió en la bruma del tiempo.

—¿Te gusta bailar? —preguntó ella.

—No sé bailar, nunca pude aprender.

—No importa. Déjate llevar. Bailemos esta pieza.

¿Qué puede pasar? —pensó él—. Que arrastre los pies para no pisarla, que me tropiece conmigo mismo, que haga el ridículo...

Lo tomó de la mano y él obedeció con docilidad. Unas cuantas parejas se repartían en la pequeña pista. La mujer lo condujo con suavidad a través de las notas de “La sombra de tu sonrisa”, según identificó ella la melodía en un susurro, boca con oído.

—Te recuerda a alguien, ¿verdad? —dijo él.

—Sí, pero no importa. Hoy la identifico con tu forma de sonreír, desde el principio, cuando me abordaste. ¿Quieres el informe, cierto?

—No, te equivocas. Lo único que pretendía ya lo conseguí: estar cerca de ti.

—Estréchame...

Él atrajo su cuerpo con brusquedad. Ella lo rodeó por la cintura con su mano izquierda, luego la bajó hacia su cadera y la puso finalmente sobre la parte superior de su trasero. De estatura semejante ambos, entrelazaron las miradas. Él sintió el apretón firme y sigiloso, el empuje rotundo de sus pechos. Contuvo apenas el deseo de besar su boca entreabierta, delineada con fineza por un leve toque de lápiz labial.

Tomados de la mano regresaron a su mesa. Compartieron en silencio el silencio.

—¿Y luego? —dijo ella.

—Quiero acariciarte, hacer el amor...

—¡O coger conmigo...! —interrumpió ella.

—¡Shit! —estalló él y empezó a levantarse, pero se volvió a sentar—. ¡Mesero! —casi gritó—. Otro whisky doble, por favor. ¡Qué absurdo! Me envuelves en tu magia y luego...

—¡Ya, ya! —dijo ella—. No te violentes. Me gustan tus ojos, tu sonrisa, tus titubeos, pero también me gusta tu trasero, tu cuerpo todo. Más aún, me gusta tu

olor. Tienes un olor casi animal, que me excita. ¿Eso está mal? —levantó la voz—. ¿Qué te detiene? Está bien, hagamos el amor, sí, ¿pero por qué no también cogemos? ¿O quieres que me enamore? ¿O el problema es Dios? Claro, ahora caigo, Dios es el problema...

—Todo lo contrario. Él me tiene aquí, Él te puso a mi alcance...

—Con eso no puedo —dijo ella, y buscó con la mirada al mesero—. Por favor, otro vodka tonic...

Ella retiró la mano de entre las suyas, frunció el entrecejo y pretendió concentrarse en la música que se había reanudado.

—¡Qué carajos! —pensó—. ¿Qué hago aquí?

—¿En qué piensas? —incursionó él, con voz tenue.

—En Dios —improvisó, inventó—. En cómo jode. Me eduqué con monjas, ¿sabes? Pero logré zafarme de Él. Me costó muchos años de esfuerzos y lágrimas deshacerme del que todo lo aniquila. Dejar de creer ha sido mi salvación... De pronto me lo encuentro de nuevo, qué crees, en este remoto lugar del Caribe, por culpa de un tipo al que no conozco, ni sé quién es, ni...

—...Ni te importa —interrumpió él.

Ella lo miró con intensidad.

—¡Qué hermosos ojos tienes! ¿Por qué me miras como me miras?

—Yo así miro...

—No creo. Contesta: ¿por qué me miras como me miras?

—Qué extraña eres. Pasas de la histeria a la ternura y al erotismo en unos instantes...

—¡Y tú! ¿Qué fácil te resulta escudarte en Dios! ¿Qué carajos hago yo aquí atrapada en tus dudas existenciales!

—Yo no tengo dudas. Las dudas son tuyas. Al aproximarme a ti obedecí a lo más natural: eres una mujer hermosa que me atrajo. ¿Por qué tanto lío?

—El lío lo armaste tú. Dios por aquí, Dios por allá, Dios antes y Dios después... En el fondo quieres una de dos: obtener el informe o coger conmigo. O, si se puede, las dos cosas. Así de simple, ¿no?

—No.

—...

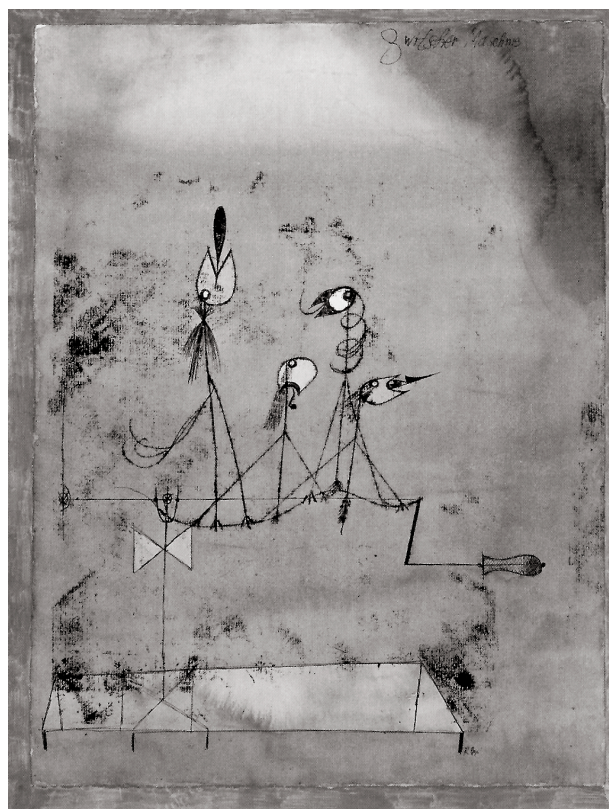
—Por supuesto que no. Estábamos destinados a encontrarnos y estamos destinados a hacer el amor, a compartir el paraíso en la tierra...

—¿El sexo es el paraíso? Si es así, debo reconocer, lo visito con regularidad —lo interrumpió ella, sonriendo.

—...Hacer el amor contigo —retomó él— debe ser como yacer en el jardín de Alá...

—¿Alá? —volvió a interrumpirlo—. Ah, claro, eres musulmán... ¿Y qué se supone que es el jardín de Alá?

—Alá creó para sus fieles, aquellos que siguen la recta vía de la verdad, un vergel —sueño supremo de los habitantes del desierto— con verdes jardines, pala-



Paul Klee, *La máquina de trinar*, 1922

cios, arroyos traslúcidos, cascadas, árboles cargados de frutos, aves que unen sus trinos a la música de instrumentos y al dulce canto de voces juveniles... Es el más allá que espera a los fieles del Islam: un mundo donde los sentidos fluyen en perfecta armonía.

Entre los humos del vodka, ella perdió el hilo del momento y su memoria revivió a un viejo maestro de la universidad, que compartía con sus alumnos reflexiones filosóficas una vez que la clase concluía y derivaba en improvisación y cada quien hablaba de lo que sentía, quería, sufría o soñaba.

—Nunca —les recomendaba, con voz que reflejaba emoción, pasión, nostalgia, váyase a saber—, nunca pretendan navegar en la mente ni en la emoción ni en los sentimientos de los otros, por más cercanos y predecibles que parezcan. Esa potestad es sólo de Dios y como Dios —agregaba sonriente— no existe, esa potestad tampoco. A cambio —agregaba, de nuevo serio— tienen potestad sobre ustedes mismos. No pretendan adivinar —porque será siempre una adivinación— lo que piensa, quiere, desea, la persona que está ante ustedes. Sólo tengan la certeza, inapelable, de lo que piensa, quiere y desea el único ser cuyo interior está a su alcance: ustedes mismos.

—¿Qué quieres de él —se preguntó—, qué deseas que pase?

Él rompió el silencio:

—¿Con qué palabras te expreso sencillamente que me encantas?

—¡Y tú a mí! ¿Qué hacemos? —respondió ella, recuperada de su evasión.

—¿Vamos? —dijo él.

—Espera... Voy a pedirle al DJ que repita *La sombra de tu sonrisa*... bailamos... y que sea lo que Dios quiera.

—...

—Dijiste que sí, ¿no?

Ella llamó al mesero, le habló al oído y unos cuantos minutos después los acordes sincopados del sax de Scott Hamilton volvieron a inundar el bar.

—Ven, amor, vamos a bailar —y lo tomó de la mano.

—¿Amor? ¿Por qué me dices amor?

—Porque ya eres mi amor, ya tu nombre es amor... y no tiene que ver con tus ojos, ni con tu sonrisa, ni con tu manera de ser, ni con tus nalgas... ni siquiera con tu olor. ¿Qué hiciste para envolverme así?

Cuerpo con cuerpo hasta untarse entre sí, ella lo llevó nuevamente en una cadencia suave como la brisa cuando la brisa es suave.

—¿Ya no te importa el informe?

—Nunca me importó.

—No te creo, pero da igual. En el nombre de Dios...

—No bromees con eso, te digo...

—Déjame terminar. En el nombre de Dios, vamos a hacer el amor...

Los brazos, con las manos entrelazadas, se extendieron hasta fundirse con las piernas. Ella separó su rostro unos cuantos centímetros para asomarse a sus ojos.

—¿Por qué, por qué cuando me miras me miras como me miras?

—...

—Mañana me voy, amor. La noche se está escapando. Debo levantarme temprano para afinar el informe y organizar el viaje de regreso...

—Para nosotros ya el tiempo no existe. ¿Qué te importa?

—Demasiada profundidad para mí. Y yo lo que quiero es hacerte el amor...

—¿O cogirme?

—Ya no. Ya eres mi amor.

—Que la sombra de tu sonrisa nos acompañe siempre, que nos obligue a recordarnos hasta la eternidad...

—¿Recordarnos?! ¡Estás loco! Te he estado esperando demasiado tiempo para dejarte ir así.

—No dije eso...

—Te quiero amar ya...

—Vamos a tu cuarto. Pero insisto: esta melodía nos unirá para siempre...

Ella evocó una imagen fugaz: el momento en que guardó los documentos y la *laptop* en la caja fuerte... Respiró.

—No hables de más. ¿Eternidad? ¿Siempre? Son términos absolutos —dijo enseguida—. ¿Para qué? Yo soy más terrenal. Ya eres mi amor. ¿Yo soy tu amor?

—Lo eres. Seamos también cómplices, de este momento y de lo que venga después.

—¿Qué te gustaría que pasara después?

—No se trata de lo que me gustaría. Lo que viene es inexorable.

—Vámonos ya —dijo ella—. Me fundo en deseo.

Y le dio un largo beso en la boca, apretándolo de la nuca con la mano derecha.

Sin soltar su mano, adelantó el paso hacia la mesa, tomó su bolso, le indicó al mesero apuntar el consumo en la cuenta de su habitación y lo abrazó mientras caminaban hacia la salida del bar. En la soledad y el silencio de la medianoche, llegaron a su cuarto. Abrió la puerta y entraron atrapados por un beso.

El tiempo se trenzó junto con ellos al ritmo preciso de la comunión amorosa. Sus cuerpos se reconocían en el lenguaje misterioso de la epidermis. Ocasionalmente irrumpían las palabras.

—¿Dónde habías estado? —preguntaba ella.

—En espera de ti ... —reiteraba él, una y otra vez.

—¿Esto es rutina para ti?

—No me ofendas...

—¿Dios, tu Dios, lo quería de esta forma?

—Así lo quiso.

—¿Por qué tan tarde?

—Así tenía que ser.

—Amor, amor, ámame de nuevo... Dime que está ocurriendo realmente.

Casi se avergonzaba de exponerse así, pero se dejó ir.

—No voy a perderte —dijo—. Estos momentos se prolongarán en el tiempo... más allá de la noche inasible, más allá de tus ojos, de tu sonrisa, de tu cuerpo todo, de éste, tu hermoso sexo...

—Te juro —dijo él— que estaremos juntos la eternidad...

—¡No hables así! ¡Cállate! Ven de nuevo, péntrame, inúndame, transfórmame...

El oleaje apenas interrumpido se reanudaba con ímpetu mayor, en un diálogo corporal estentóreo.

—¿Por qué —preguntó ella, al término de un orgasmo más— desde el primer instante me miraste como me miraste?

—Porque desde que te vi, a la orilla de la piscina, te convertiste en mi centro de gravedad, en el imán más fuerte que haya conocido.

—Amor, ven otra vez. Aún no amanece. No quiero perderte y no te voy a perder. Te esperé durante demasiado tiempo.

—También yo sabía que llegarías... Pero ya me voy, me debo ir. Tengo algo que hacer temprano y tú debes organizar la partida...

—¿Partida?

—¿No es así? Ya se van todos ustedes, ¿no?

—Tienes razón. Pero, ¿qué debes hacer? Estás de vacaciones, ¿no?

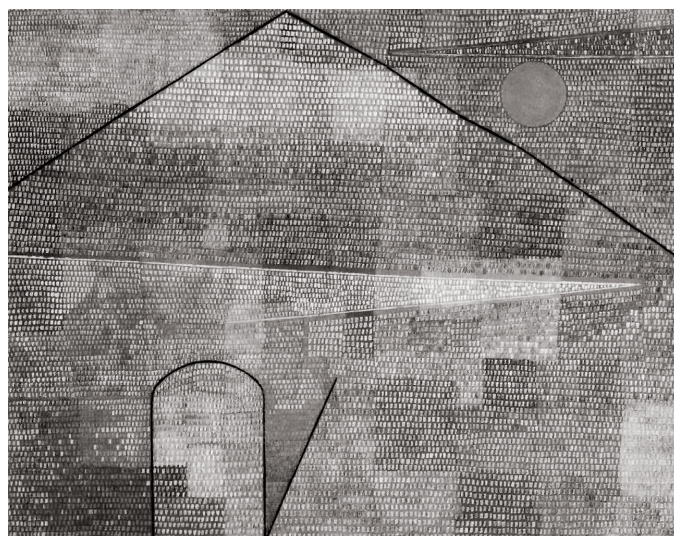
—Debo conseguir un regalo para ti.



Paul Klee, *Jardín bajo el agua*, 1939



Paul Klee, *Paisaje rocoso*, 1919



Paul Klee, *Ad Parnassum*, 1932

—Regálate tú... Y como te gusta decir: para siempre.
—Con el regalo que te voy a dar, nunca podrás olvidarme.

—¿Qué es? Dime...

—No, no. Te veo dentro de unas horas —dijo él mientras terminaba de vestirse.

—Está bien. ¿A qué hora nos vemos?

—Creo que conseguir tu regalo no será fácil. ¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las dos de la tarde. Es un vuelo de Lufthansa directo a París.

—Te veo en el aeropuerto. Espérame en la sala internacional, antes del puesto de migración.

—¿A qué hora exactamente?

—I'll be there on time.

—Why in English now?

—Si prefieres... —y pronunció unas palabras ininteligibles para ella.

—¿Y eso?

—A tiempo, en árabe.

—Te esperaré. Pero antes abrázame, déjame asomarme a tus ojos una vez más, para volverte a preguntar por qué, cuando me miras, me miras como me miras...

—Porque cuando te miro miro mi pasaje al jardín de Alá.

—Vete ya...

Él salió y subió a su habitación; caminó despacio, casi contando los pasos, hasta que recuperó el pulso y la respiración. Se bañó, se vistió, sacó la carpeta de la caja de seguridad, volvió a revisar sus papeles e hizo en ellos algunos trazos rápidos. Enseguida, envió un mensaje de texto por celular, se acomodó en un sillón y cerró los ojos. Un zumbido interrumpió su entresueño. Vio el celular: la respuesta a su mensaje había llegado.

Ella permaneció acostada, con los ojos abiertos. Hom - bres no le habían faltado a lo largo de su vida adulta, pero nada comparable le había ocurrido; ni siquiera su

gran amor de juventud. Hoy se entreveraban la atracción casi animal, el deseo, la sensación amorosa profunda y... Dios.

Evocó aquella noche en un bar con la más íntima de sus amigas, compañera de escuela, de rezos y, después, de reventones y ligues, leal en la cima y en la sima, uno de esos momentos en que a borbotones se comparten historias íntimas.

—¿...Que dejaste de creer, que perdiste la fe...? —recordó que la interrogaba su amiga, su cómplice, inseparable en la primaria, la secundaria y la preparatoria—. Me suena a pose.

—No, no es pose. Dios, la fe, las creencias y todo su ceremonial, eran una losa que me asfixiaba.

—Ya veo, tu descreimiento es producto de una decisión personal, por ti y ante ti. Pura comodidad, creo yo.

—No fue así de fácil. A Dios me lo introdujeron por vía intravenosa. De pronto ya estaba instalado dentro de mí; o mejor dicho, sobre mí, como un ojo enorme o como un gran grillete. Y cuando empecé a preguntar, me silenciaban. La fe es la fe; los dogmas son los dogmas; el pecado es el pecado. ¿Recuerdas al cura aquel que ofrecía sus servicios en la capilla de la secundaria? Alguno de los maestros seculares le puso un apodo que no sólo era atinado sino absolutamente exacto: Savonarola. Bien a bien, nosotras ignorábamos quién había sido Savonarola, pero yo lo averigüé más tarde. El verbo de aquel cura era incendiario, ¿te acuerdas? Todas estábamos destinadas al infierno a menos que nos arrepintiéramos de aquellos pecados que ni siquiera pensábamos en cometer... Y ni me digas de las monjas. ¡Qué asco de hipocresía! ¿Te acuerdas de aquella vieja, semi-paralítica por la polio, que nos obligaba a amarrarnos con una cuerda por los tobillos para que todas camináramos arrastrando los pies, como ella?

—Recuerdo eso y mucho más... Pero nada tiene que ver con la fe —respondió su amiga, siempre cordial, cálida, tierna, solidaria—. ¿Dónde dejaste todo

lo que nos enseñaron, lo que nos inculcaron? ¿Dónde acomodaste al Dios bondadoso que todo lo perdona, y a la virgen a la que nos encomendábamos con lágrimas en los ojos?

—A todo lo enterré en lo más recóndito de mi memoria. Déjame decirte más —le dijo aquella noche a su amiga—. Aquel Dios, y sus curas y sus monjas veían y siguen viendo, en el mundo y en los hombres, el mal y la perversidad. Me aprendí de memoria un párrafo de Savonarola, el monje del Renacimiento: “Todas las cosas están plenas de impiedad; todas están llenas de usura y robo; todas llenas de blasfemias torpes y nefandas; todas, estupro, adulterio, sodomía e inmundicia; todas desbordan homicidio y envidia, ambición y soberbia, hipocresía y falsedad, maldades e iniquidad”... Ése es el Dios de nuestros padres y el de la escuela, el que nos inocularon a través de un catéter fuera de nuestro control...

—Pero el ateísmo es cosa seria, como para asumirlo a la ligera...

—Dejar de creer, querida, me costó tiempo, lecturas, reflexiones, y lágrimas, muchas lágrimas. En realidad, no me considero atea. Prefiero considerarme... ¿cómo se dice, cómo se dice?... Sí, prefiero considerarme agnóstica. Y en cuanto a la parafernalia de las religiones, de las iglesias, de sus ministros... ¡No te imaginas qué fácil fue echar a la basura todo eso!

¿Por qué el recuerdo? —pensó—. Habría sido preferible paladear el amor inmediato, respirar el aire que aún retenía su olor, evocar el calor del cuerpo pegado al suyo...

Se levantó y se metió bajo la ducha fría.

Él bajó los escalones de dos en dos, llegó al vestíbulo y pidió al jefe de botones solicitar un taxi.

—¿Al aeropuerto, señor?

—No, voy a la ciudad.

Pidió al chofer que lo dejara a las puertas de un hotel cualquiera, en el centro de Santo Domingo. Casi de un salto pasó del auto al estrecho y oscuro vestíbulo del hotelucho, donde no le pidieron nada más que poner un nombre, el que fuera, en una libreta grasienta. La habitación, oscura y maloliente, aparte de la cama tenía lo único que necesitaba: una mesa y una silla. Consigo traía sólo un maletín de cubiertas duras. Salió con él a la calle, en busca de una tienda de discos. De peatón en peatón, de policía en policía, de pregunta en pregunta, al cabo de unos minutos entró en un expendio de discos y videos. No recorrió los pasillos. Al primer dependiente que vio le pidió los discos disponibles de Scott Hamilton, usted sabe, el saxofonista blanco americano.

—No creo que tengamos, pero déjeme checar. ¿No le interesa algo de *reggae*?

—No, no... busque a Hamilton.

El empleado se metió al banco de datos de la computadora.

—A ver, está dado de alta un disco de Hamilton Scott, pero falta que lo tengamos en existencia... Al parecer, sí; hay un ejemplar... Permítame.

Unos minutos más tarde el empleado regresó con la cajita de plástico de un CD titulado *Sensuous and Romantic*. Lo revisó y sonrió cuando entre las melodías enunciadas en la tapa estaba la que buscaba: “The shadow of your smile”. Lo pagó en efectivo, en pesos dominicanos. Guardó el CD en el maletín y casi corriendo regresó al hotel de mala muerte...

Justo al mediodía llegó ella al aeropuerto, con su pequeño grupo, al que encabezaba el presidente de la OIEA. Los ayudó en los trámites de mostrador, en la documentación del voluminoso equipaje que llevaba cada uno, propio de una estancia de una semana.

Faltaban quince minutos para la una cuando los vio desaparecer, casi en tropel, dentro del área de revisión del pasaje con pase de abordar.

—Espero a alguien... con quien me vieron anoche. Viene a despedirme. En un momento los alcanzo —dijo ella.

—Don't worry —dijo el presidente, con una sonrisa cómplice—. See you later inside...

Vestida con *jeans*, sandalias y playera, ella mostraba, pese a los retoques de maquillaje, las huellas de la vigilia. Empezó a caminar de un lado para otro, de una a otra de las puertas de acceso a la sala central del aeropuerto.

De vez en vez, salía y observaba con ansiedad a quienes bajaban de los taxis que se estacionaban en la zona de ascenso y descenso del pasaje.

—No vendrá, no vendrá —se repitió cuando su reloj marcó la una y cuarto—. Que se quede así: un recuerdo para platicarlo a los amigos.

No pudo evitar los sollozos.

¿Qué necesidad tenía de pedirme que lo esperara? —pensó—. Pero deseaba volver a verlo, respirar su aliento, aspirar de nuevo el olor que aún perduraba en ella...

El enorme reloj de la sala central indicaba una y veinticinco. En los monitores de las salidas aparecía ya, hasta arriba, el vuelo 731 de Lufthansa con ruta Santo Domingo-París-Francfort, con el aviso adicional: a tiempo.

Ya no podía esperar más. Con un suéter ligero sobre el brazo y su bolsa al hombro, salió de nuevo a la zona de taxis. Apenas contuvo las lágrimas. No llegaba y, se dijo, no llegaría.

—Adiós, amor, adiós —pensó—. Así es mejor. Adiós al paraíso. Adiós a tu jardín de Alá...

Arrastrando las sandalias, se dirigió a la zona de migración, al paso límite de los arcos voltaicos.

—¡Perdón, perdón, perdón! —exclamó una voz a su espalda—. Aquí estoy...

Se fundieron en un prolongado beso que a ella le pareció un suspiro.

—Aquí estoy —repitió él, con una sonrisa espléndida y los ojos vidriosos—. Aquí estoy...

—¿Por qué así, amor?

—¡Por esto! —dijo él, y puso en sus manos el estuche con el CD de Scott Hamilton—. Para que recuerdes eternamente la noche de ayer...

—No, no, no. No acepto que esto termine en el recuerdo de una estúpida melodía romántica —respondió sollozante.

—Quedamos que sería nuestra melodía, ¿no? No descansé hasta encontrarla.

—Pero dime que nos veremos de nuevo, que volveremos juntos al paraíso, al jardín de Alá...

—No llores. Nos volveremos a ver, no lo dudes. Y en el jardín de Alá... Te tienes que ir ya, están voceando con urgencia tu nombre, creo...

—No quiero perderte, no quiero...

—Me tienes —dijo él—, me tienes para siempre...

Ella ingresó al área de migración. El agente dominicano revisó con celeridad su pasaporte diplomático. Un guardia checó su pase de abordar y casi le gritó:

—¡Apenas está a tiempo, señora!

Luego, el mismo guardia se dirigió terminante hacia el revisor de los monitores de rayos x:

—¡La dama es funcionaria internacional y está a punto de perder su vuelo a Europa!

Ella iba a poner su reloj y su bolsa de mano, junto con su suéter, en el contenedor para colocarlo en la banda móvil, pero el encargado le indicó:

—Pase ya, rápido, señora...

Ella volteó hacia atrás, con la mano en alto... Él ya no estaba a la vista.

Corrió entre los pasajeros que deambulaban por los pasillos y llegó apenas a tiempo de entregar su pase de abordar a la empleada de la aerolínea. Ya sólo faltaba ella. Ofreció disculpas a la tripulación alemana que en la puerta del aparato la esperaba ansiosa, entró al Airbus A317 y avanzó de prisa hasta el lugar asignado: fila 17-A, justo a un lado del presidente de la OIEA.

Ocupó su asiento, se abrochó el cinturón de seguridad, apagó el celular, y enseguida trató de ocultar las lágrimas, que ya se desbordaban, pegando el rostro a la ventanilla. Su acompañante la tomó con delicadeza del brazo, se lo apretó con ternura y la soltó. Ya no le incomodó dejar correr el llanto incontrolable. Lloró y lloró mientras la azafata recitaba en español, inglés y alemán, la rutina de los detalles del vuelo y de las instrucciones de emergencia. Y siguió llorando, estúpidamente, se dijo, mientras por la ventanilla veía perderse la ciudad y sus orillas y también desaparecer bajo la panza del avión el turquesa del Caribe, con sus playas blancas y sus palmeras inclinadas por el viento.

De pronto llegó, en ráfaga, el recuerdo de un episodio juvenil que nunca compartió, ni siquiera con su

amiga del alma: aquella ocasión, en la preparatoria, cuando una monja estadounidense, de visita en México, entró al que llamaban *smoking room*, el único espacio del plantel donde las alumnas podían fumar. Ella estaba, en su uniforme de minifalda, compartiendo con sus compañeras una cajetilla de cigarros. La madre superiora —así la nombraban— estrechó la mano de cada una. A ella le dio un abrazo inesperado, la vio fijamente a los ojos y le dijo, en voz muy baja, una frase lapidaria:

—I believe you have blessed by the calling of God...

Y salió rápido, sin esperar respuesta.

¿Qué vio en ella, en sus ojos, para hacer una lectura tan desmesurada? Nunca se lo explicó. Muchos años después concluyó que tuvo que tocar ese fondo para tomar impulso e iniciar su camino a la libertad... El recuerdo inesperado, otra vez lleno de Dios, la alcanzó empapado en lágrimas...

VII

Un par de horas más tarde, él yacía en traje de baño bajo una palapa, en la playa del hotel, perdida la mirada en el horizonte marino.

El murmullo del mar hacía cadencia con sus recuerdos...

...El caserío perdido en las llanuras de Afganistán, donde vio por única vez a Muamar Jalid. El mensaje para acudir con él se lo transmitió un colega del *Miami Herald*, sin mayores explicaciones. Viajó en avión a Kabul, con escala en París, y de ahí por tierra a Punjab, de donde lo llevaron al caserío sin nombre, en medio del desierto.

La casa de una sola planta se confundía con el horizonte de tierra y piedras. En la lejanía, las montañas ásperas, pelonas, aparecían doradas por el sol del atardecer. Había pasado la oración vespertina y el silencio era espeso cuando fue llevado ante Muamar Jalid. En medio de la maraña de cabello, cejas y barba, brillaban los ojos —un rayo oscuro— que capturaron a los suyos. Con voz seca le ordenó:

—Reza conmigo el Sura Primero.

Ambos entonaron el capítulo inicial del *Corán*:

Loa a Dios, dueño del Universo.

El clemente, el misericordioso.

Soberano en el día de la retribución.

A ti es a quien adoramos, de ti es de quien imploramos.

Dirígenos por el camino recto.

Por el sendero de aquéllos a quienes has colmado con tus beneficios.

No por el de aquellos que han incurrido en tus iras ni por el de los que se extravián.

—Alá es grande —dijo Jalid.

—Alá es grande —repitió él.

—Mohamed te dará las instrucciones en un sobre cerrado y sellado que no abrirás hasta que llegues a tu casa en Miami. Las leerás a solas y las destruirás con fuego una vez que las hayas memorizado línea por línea. Están escritas en árabe, con traducción literal al inglés. Escucha bien: memorízalas línea por línea, palabra por palabra...

—...

—¡Retírate! —ordenó Jalid—. Ve con Mohamed. No preguntes nada, no comentes nada. Te darán de comer y de beber. Regresa luego a Punjab.

Él se levantó de su postura acucillada y antes de retirarse todavía escuchó:

—No hay margen para el error. No puedes fallar —dijo Jalid, en voz apenas audible—. Alá está contigo.

—Alá es grande —respondió él.

Media hora después, la estela de polvo que dejaba su vehículo partía en dos la llanura, camino a Punjab. No cruzó palabra ni gesto alguno con el conductor, hasta que se despidió a las puertas del hotel. Un par de días más tarde salía de Kabul en un 747 de Arabian Airlines rumbo a su escala en París, camino a Miami...

Una señal de su Blackberry lo sacó de sus meditaciones. Había recibido un mensaje de texto. Se subió los lentes oscuros a la cabeza, abrió el mensaje y leyó,

en inglés: Connect you right now at internet to AP site. En la pantalla del celular apretó el botón del explorador y llegó rápido al sitio de la agencia de información... Entró y en la página de inicio apareció destacado un boletín urgente:

A Lufthansa plane has been reported missing on the Atlantic Ocean... The plane, an Airbus A317 with around two hundred people on board, took off from Santo Domingo airport, in the Caribbean Sea, and was flying direct to Paris and then Francfort...

Retomó una cuartilla suelta que había estado rele-yendo:

“La pentrita es un potente explosivo cuya composición química corresponde al nombre científico de tetranitrato de pentaeritritol. Se puede preparar partiendo de una solución acuosa en la que estén disueltos formaldehído y acetaldehído, en una proporción de cuatro moléculas de formaldehído por cada molécula de acetaldehído, en medio básico de Ca (OH)2.

“Su fórmula molecular es: C5 H8 N4 O12.

“Para estallar precisa poca cantidad de oxígeno...”.

Cubrió de nuevo sus ojos húmedos tras los lentes de tono sepia, dejó el papel sobre la mesa de la palapa, devolvió la mirada al horizonte marino, pasó ambas manos sobre el cabello rizado y murmuró, en árabe:

“Alá es grande...”. ■



Paul Klee, *Abrazo*, 1918